

usemos desordenadamente, son dañosas al cuerpo y alma. Y si viéramos lo que está en ellas debajo de la apariencia del gusto que fingen y representan, nos quedaríamos espantados, y veríamos ó leones ó tigres que nos quieren despedazar; ó serpientes que nos pretenden emponzoñar, y nos sucediera semejante caso al que hizo el siervo de Dios Volcon. Era este santo sacerdote muy celoso (1), y deseó ganar para Dios á un hombre muy rico, y buscó para esto ocasion de comer con él; y entrándose por su casa el varon de Dios, le dijo: Ea, señor, ¿qué hemos de comer? Respondióle el rico que no había por que tener cuidado; porque comeria lo mejor que se hallase en toda la ciudad. Fuese luego el fervoroso Volcon á la cocina con otra mucha gente que le acompañaba: mandó al cocinero que le fuese mostrando uno por uno los platos. Cosa maravillosa, que como le iban mostrando los platos regalados y preciosos de capones y pavos, se iban tornando en sabandijas y serpientes; de que quedó admirado el rico, y enseñado que el darse á gustos no es mas seguro que recibir daños y comer animales ponzoñosos, y tomarse con un leon, tigre ó sierpe; y lo cierto es que no han matado á tantos los leones y las fieras mas rabiosas, cuantos han muerto por sus gustos y regalos.

## CAPÍTULO VI.

*De la pequeñez de las cosas temporales.*

Dejando aparte que las cosas de este mundo son tan vanas, consideremos mas en particular su cantidad; y verémos que aun con extenderlas mucho la vanidad que las hincha, quedan muy menguadas y cortas, y mas si las comparamos con las eternas. Dando, pues, principio por aquel bien temporal que tiene mayor bulto y extension, que es la honra, nombre y fama, verémos cuán estrecho es. Desean los hombres que su fama resuene en el mundo, y que sepan su nombre todos; pero ¿qué tendríamos con que esto lo alcanzasen, pues todos los reinos de la tierra no son mas que un punto respecto del cielo? ¿Y quién hay que pueda ser conocido de todos los que viven? Millones de hombres hay en el mundo que no saben que hay emperador de Alemania, ni rey de España. No tiene que matarse nadie por esta honra vana; que aun dentro de su patria por ventura no será conocido: y aunque se haga el hombre mas famoso del mundo, toda su fama queda encerrada en este mundo, el cual es tan pequeño, que desde el cielo del sol apenas se divisará. Por tantos mil años estuviste sin ser conocido, y despues estarás sin que se acuerden de tí los que despues nacieren; y aunque quede en los hombres tu memoria, al fin se han de acabar los mismos hombres, y con ellos su

(1) Broviuso, A. 3 ex Oth. de san Blasio.

memoria y la tuya, y estarás una eternidad sin que seas celebrado como lo estuviste antes que nacieses, y ahora que vives no te conocen sino muy pocos; y los mas tan malos, que habias de tener por afrenta que te alabasen tales bocas, de los que aun á sí mismos se maldicen. Pues ¿por qué te matas por cosa tan corta, tan vil, y tan vana? Todas estas razones son tan ciertas para que se conozca la vanidad de las honras humanas, que aun los gentiles la conocieron. Oye á solo uno, que es el que estaba puesto en el mayor grado de estimacion y dignidad en el mundo, pues fue señor de él, el emperador Marco Antonio, el cual dice (1): *¿Por ventura te solicita la gloria? Mira cuán velozmente se borran con el olvido todas las cosas: mira el caos de la eternidad de una y otra parte. Cuán vano sea el sonido de la fama, cuánta la inconstancia é incertidumbre de las opiniones y pareceres humanos, y en cuán estrecho lugar se encierran todas estas cosas; porque la tierra es un punto, y de ella cuán pequeño rincón sea el que habitas, y en ella qué cosas hay, y cuáles son los que te han de alabar.* Poco despues añade: *El que desea honra y fama despues de la muerte no piensa que aquel que se ha de acordar de él tambien se morirá luego; y de la misma manera el que á este sucediere, hasta que se venga á borrar toda memoria que se propaga por hombres mortales. Pero finge que han de ser inmortales los que han de tener memoria de tí. ¿Qué te importará ni tocará todo esto despues de muerto? mas no digo despues de difunto: aun cuando vivo, ¿qué te aprovecha el ser alabado? Todo lo que es hermoso lo es en sí mismo, y dentro de sí se perfecciona, y no es parte de su hermosura que sea alabado. Por eso aquello que es celebrado no es por esta causa ni peor ni mejor.* Estos antidotos trae este Principe pagano para contra la ponzoña de la ambicion, y nos desengaña de su vanidad. Pues los cristianos ¿por qué hemos de estimar otra honra mas que la de Dios?

¿Qué diré de la vanidad de los títulos que han tomado muchos para darse á conocer contra toda razon y justicia? Veamos cómo lo han conseguido los de Europa, por aquellos que lo han procurado en Asia; porque si los mas celebrados en Asia no llegan á noticia de los que están en Europa, tampoco llegará el nombre de los mas afamados en Europa á los que están en Asia (2). El nombre de *Echebar* pensaron sus súbditos que habia de ser eterno, y que en su vida todo el mundo no solo le conocia, sino le temblaba; pero preguntaran entonces en Europa quién era, y no le conocieran. Pregunten ahora á los mas eruditos, y sabrán pocos, si no es porque lo escribo aquí, qué reino es el Mogol. ¡Cuán pocos habrán oido nombrar á *Vencatapadino Ragiu*! Él pensaba que no habia hombre en el mundo de quien no fuese conocido: lo mismo pensaban sus reinos; y así le llamaban: *El señor de los reyes, y supremo emperador.* Los títulos de que él se preciaba y ponía en sus edictos

(1) Marco Antonio, lib. 3, cap. 20. — (2) Jarric. in Thesaur. Indic. 12\*

eran estos: *El esposo de la buena fortuna; el rey de grandes provincias, rey de grandísimos reinos, y dios de los reyes; el señor de toda la caballería; maestro de los que no saben hablar; emperador de tres emperadores; vencedor de todo lo que ve; conservador de todo lo que venció; formidable de las ocho plagas del mundo; señor de las provincias que corrió; destructor de los ejércitos mahometanos; despojador de las riquezas de Ceilan; el que vence á los varones, por fortísimos que sean; el que quitó la cabeza al invicto Viravalano; el señor de Oriente, Austro, Aquilon, Occidente y en mar; el cazador de elefantes; el que con el valor militar vive y se gloria. Estos elogios de honra goza el excelentísimo en las fuerzas bélicas Vencatapidino Ragiu, que reina y gobierna este mundo. ¿Cuántos me dijera, hasta que lo declaro aquí, que este fue rey de Narsinga? Pues como estos poderosísimos y esforzados principes no son conocidos en Europa, tampoco lo será en Asia y África Carlos V el Grande, con otros excelentes varones en armas y letras que han florecido en estas partes de Occidente.*

Pues si reparamos en la verdad de los títulos que se toman, veremos ser todo vanidad. ¿Cuántas veces se han llamado excelentísimos y altezas los que eran de un ánimo vilísimo, y estaban en pecado mortal, que es la mayor bajeza del mundo; y serenísimos los que están turbados con mil pasiones, y tienen ofuscado el entendimiento y estragada la voluntad? Otros se apropian títulos muy magníficos, no con mas verdad que Neron se pudo llamar elementísimo. Ha llegado esta vanidad á tal extremo, que se usurpan los hombres los títulos que solo convenian á Dios, y sobre estos se han levantado grandes guerras, y muerto innumerables hombres. Por lo cual dijo san Juan (1) que aquella bestia que subia del mar tenia sobre la cabeza nombres de blasfemia; y despues dice que estaba la bestia colorada llena de nombres de blasfemia, por la sangre que se ha derramado en el mundo. Por estos títulos tan vanos, y algunos tan contrarios á Dios, como lo fue llamarse Roma eterna (2), siendo esto cierto género de blasfemia, las cosas en que se ha puesto la honra son para reir. Unos se honran de tener grandes fuerzas, no echando de ver que en esto los llevará ventaja un oso, un toro y una acémila. Otros con andar bien vestidos andan muy ufanos, siendo así que antes habian de tener vergüenza de ser mas estimados por la obra mecánica que hizo un sastre que por sus obras virtuosas. Otros se honran de las mismas deshonras y vilezas, esto es, de sus mismos vicios, preciándose de sus homicidios y deshonestidades. Otros se precian de la nobleza de su sangre, sin atender á la virtud; y así vienen á hacer vicio lo que habian de tener obligacion de virtud, y lo que les habia de ser honra convierten en su infamia, preciándose mas de ser nobles que de ser cristianos. No es mas uno de lo que es en los ojos de Dios; y la estima-

(1) Apoc. XIII. — (2) Marcel. lib. 13, c. 14.

cion que Dios tiene de uno no es por su linaje, sino por ser cristiano: no por haber nacido en un palacio, sino por haber tornado á nacer en las aguas del Bautismo. ¿Qué va de nacer de noble linaje á nacer del costado de Cristo? Aquella penitente virgen D.<sup>a</sup> Sancha Carrillo (1) todas las veces que asistia al bautismo de algun niño veia á Jesucristo en la cruz abierto el costado, y que de su mismo corazon salia el niño que bautizaban, dándola á entender en esto el nuevo nacimiento de la sangre de Cristo, por el cual estima Dios á los hombres, no por el nacimiento de sangre pecadora. Este nacimiento es de deshonra, aquel de honra: este de pecado, aquel de santidad; este de carne que mata, aquel de espíritu que vivifica: por este somos hijos de hombres, por aquel de Dios: por el nacimiento de la carne, aunque sean los hijos herederos de la hacienda, son mucho mas herederos de sus miserias, y nacemos pecadores: por el nacimiento del Bautismo somos herederos del cielo, de presente recibimos la gracia, y en lo por venir la gloria. ¿Qué yerro es preciarse uno del nacimiento humano para ser pecador, mas que del nacimiento divino para ser justo? ¿Cuán necio fuera el que siendo hijo de un rey y de una vil esclava se preciase mas de ser hijo de la esclava que del rey? Mas necio es quien se precia mas de la nobleza de su sangre siendo caballero, que de la nobleza del espíritu siendo cristiano. Finalmente todas las honras de la tierra son tales, que dijo Matatías á sus hijos que era la gloria estiércol y gusanos. San Anselmo compara á los que buscan las honras á los niños que buscan mariposas; é Isaías á las arañas que se desentrañan en urdir unas telas que una mosca se las rompe. Tras esta pequeñez y vileza son tales las honras, que en ellas han perecido muchas almas. Si David echó maldiciones á los montes de Gelboé porque en ellos murieron Saul y Jonatás, sobra la razon para maldecir los montes altos de las honras, donde se ha visto perderse muchísimos.

## § II.

Consideremos qué son las riquezas, á las cuales hizo mucha honra san Gregorio Nazianceno (2) en llamarlas precioso estiércol. El oro y plata dijo Antonino filósofo que eran excrementos y heces de la tierra, los preciosos mármoles callos, y generalmente de la materia de todas estas cosas dice que no es sino como una podre. Plotino dijo que no era mas el oro que agua viciosa: otros dijeron que era tierra amarilla. Las piedras preciosas ¿qué son sino unas chinillas coloradas, ó verdes, ó resplandecientes? Las sedas ¿qué son sino babas de gusanos? ¿Las holandas y otros lienzos preciosos hilachas de unas plantas? Otras telas de estima pelos son de animales, que si uno topáramos en la comi-

(1) Roa, in ejus vita, lib. 2, c. 1. — (2) In vita sua, lib. 9.

da, nos causara asco; y muchos en el vestido suelen envanecer. El algalia ¿qué es sino un sudor ó excremento de un gato junto al lugar mas inmundo y asqueroso que tiene, que solo su vecindad es para hacer asco? El ámbar la suciedad es de una ballena ó excrementos del mar, que por despreciable lo arroja de sí. Ni el almizcle es otra cosa que cuajaron de sangre corrompida de un animal. ¿Qué son grandes posesiones, ciudades y provincias? Por cierto niñerías de los hombres que, aunque viejos, son niños si las estiman; y esto no digo comparado con lo eterno, no mirado desde el cielo empireo, sino desde la luna, donde todos los reinos de Grecia, como dijo Luciano (1), no ocupan mas espacio que cuatro dedos; y todo el Peloponeso no será mayor que una lenteja pequeña, ó por mejor decir toda la redondez de la tierra es una migaja. Aun mejor dijo Séneca que no es mas que un punto, ó por lo menos no es mas todo que una cosa de risa y juego, como dice san Juan Crisóstomo (2), el cual con razon compara los grandes palacios, las populosas ciudades y los reinos extendidos á aquellas casitas de arena y todo que por entretenerse fabrican los niños: *Las cuales mientras labran los muchachos, se están riendo de ellos los mayores, y muchas veces cuando los ve su padre ó maestro que dejan de aprender por ocuparse en fabricarlas, llegan y deshacen con los piés en un momento lo que con mucho tiempo y trabajo habian edificado. Así lo suele hacer Dios con los que por ocuparse en adelantar bienes temporales descuidan de su servicio; y grandes palacios, alcázares levantados, fuertes castillos, muradas ciudades y reinos poderosos los destruye con tanta facilidad como las casillas de arena que hacen los niños; porque mas ridiculos y mas niños son los que ponen su corazón en las grandezas de esta vida breve, que los niños que se entretienen en hacer paredes de arena.* Esto es de san Juan Crisóstomo, el cual dice en otra parte (3): Que como mirando pintados en la pared un rico y un pobre, un hombre vil y un poderoso, ni envidiamos al uno, ni despreciamos al otro, porque la pintura es sombra, y no verdad; este mismo juicio debemos hacer de las cosas mismas, porque poco mas ó menos todo es nada, y conforme á la sagrada Escritura es una comedia y farsa: y como importa muy poco hacer allí la persona de Alejandro, y de Crespo, que fue el rey mas rico de su tiempo, ó la de un pobre mendigo; así tambien importan muy poco en esta vida las riquezas. Digan los mismos estimadores de ellas lo que son; porque si el rey Herodes por el baile de una muchacha ofreció la mitad de su reino, ¿qué puede valer todo él? Y Aman que tenia grandes riquezas confesó por su loca que las tenia en nada, solo porque no le hacia reverencia Mardoqueo.

Los gustos mismos ¿cuán corta esfera tienen? Porque fuera de ser los que mas presto fenecen, están mezclados con ajenos de muchas penas

(1) Lucian. in Icaro menipon. — (2) Chrys. homil. 24 in Matth.  
(3) Hom. 13 de avaritia.

que les acompañan, les anteceden y les siguen. Un deshonesto ¿qué peligros y pesares suele pasar hasta conseguir su deseo? Y en la misma posesion de él, ¿cuántos sobresaltos le punzan el corazón? Y despues, ¿cuánta pena tiene de lo que tanto deseó? Y ¿cuántas enfermedades bien largas y dolores muy pesados resultan por lo que duró un momento? Cotéjense las penalidades y dolores de la vida con los gustos de ella, y se hallará que así en la multitud, como en su grandeza, exceden sin comparacion los dolores y penas á los gustos: porque los géneros de gustos que pueden tener en el tacto en dos ó tres se encierran; pero las penas no tienen cuenta, porque son muchos los géneros de dolores que le pueden afligir: dolor de ceática, mal de piedra, de gota, de muelas, de cabeza, y otros innumerables dolores que hay, y violencias que suceden con tantos géneros de tormentos como han inventado los tiranos, los cuales son intensísimos y horribles, no teniendo comparacion el mayor deleite del sentido con el grande dolor de descoyuntarse un miembro, ó padecer un dolor fuerte de ceática ó piedra.

### § III.

Bien se echa de ver la mengua y cortedad de los gustos de esta vida, por lo que procura nuestro apetito ensancharlos, inventando nuevos entretenimientos para que supla con la multitud la mengua de su pequeñez: por eso no contentándose con los gustos y regalos naturales ha inventado tantos artificiales, buscando nuevos pastos de los sentidos, y peregrinos géneros de comodidades. Bien se echa de ver cuán cansada es la vida, pues se buscan para ella tantos descansos y alivios. ¿Qué géneros de vestidos delicados y telas regaladas no se han tejido? ¿Qué suertes de camas y lechos descansados no se han fabricado? ¿Qué maneras de sillas, literas y coches no se han usado con costas grandes y gastos desmedidos, y con tanto orgullo y prisa, cuando se sabe de alguna invencion de estas, que se tiene por desdichado el postrero que la usa, aun no siendo su uso necesario? Escribe el obispo de Pamplona (1), historiador copioso de Carlos V, que por los años de 1546 aun no se usaban coches en España, y habiendo venido uno á ella en tiempo del mismo Emperador, salian las ciudades enteras á verle, admirándose de él como de un centauro ó mónstruo. Pues ahora ¿qué cosa mas ordinaria? Agradó tanto esta invencion, por parecer descansada, que dentro de pocos años usaron coches gente muy ordinaria, tanto, que fue menester prohibirlos; y esto es tanto de mayor maravilla, cuanto estaban poco antes muy léjos de usarlos los mayores señores. Escribese del Duque de Medinasidonia, cuya grandeza y riquezas son de las mayores

(1) Fr. Prudencio de Sandoval en la Historia de Carlos V, part. 2, l. 28, § 36. D. Luis Brechero en el discurso problemat. de los coches.

de esos reinos, que cuando queria ir en compañía de la Duquesa á visitar á Nuestra Señora de la Regla, que es un grande santuario de Andalucía, iba en un carro que tiraban bueyes, lo cual seria por el año de 1540. Pues luego dentro de seis ó siete años vino el coche que hemos dicho á España, y luego dentro de nueve ó diez años hubo tanta multitud de ellos, que por ley pública se vedaron el año de 1577 todos los coches de dos caballos, por ser tanta la gente ordinaria que los usaba, con gran perjuicio de la hacienda, de la caballería y de la honestidad. Con tanta prisa busca nuestro apetito su comodidad, buscando con artificio en lo que parece anduvo corta la naturaleza. Lo mismo sucedió en Roma con las literas (1), las cuales (segun refiere Dion Casio) se empezaron á introducir en tiempo de Julio César dentro de Roma; pero luego (como escribe Suetonio) fue necesario que el mismo Julio César las prohibiese.

Lo mismo ha pasado y pasa en los vestidos costosos, que es tan igual desordenamiento de nuestra malicia, que duda Tulio cuál de estas cosas es mas indecente al ser del hombre, si el uso de los coches, ó de los vestidos: llama á uno y á otro cosa desvergonzadísima (2), y lo es verdaderamente en no pocos el modo como usan de estas comodidades. Dijo Ciceron que los soldados romanos computaban las armas por miembros; porque no les habian de embarazar mas que los brazos. Esta misma cuenta se hacen muchos en los vestidos compuestos y pomposos, que no menos sienten que se los toquen, que si les descoyuntasen un miembro. De Quinto Hortensio, senador romano, escribe Macrobio que ponía tanto cuidado en el ornato y aseo del vestido, que se miraba todo á un espejo, donde con suma atencion distribuía y disponía los pliegues de la toga, que luego recogía en un lazo en que los ponía mas pomposos. Una vez siendo cónsul, y saliendo en público con grande coste y cuidado vestido, solo porque su compañero en un gran concurso y aprieto de gente le desbarató la toga un poco, y no pudiendo mas, juzgó por delito capital el haberse con el encuentro mudado algun pliegue de ella, y le acusó en público, y propuso contra él la querrela ó accion que llamaba de injuria, como si le hubieran torcido ó quebrado un brazo. ¿Qué diré de los ornatos tan costosos y tan necios, que parece que el mismo mundo los condena; las mezclas de guisados para el gusto; las confecciones de suaves pastas y perfumes para el olfato; las melodías de varias músicas para el oido; las amenidades, pinturas y espectáculos para la vista, cuyo entretenimiento se ha procurado, aun derramándose sangre humana, en los gladiadores de Roma y toros de España? Toda esta máquina de gustos que ha inventado el apetito es clara se-

(1) Suet. c. 34. — (2) Cicer. orat. Milon. Quid horum non impudentissimum, vestitus, an vehiculum? Macrob.

ñal de su mengua, pues tanta multitud no le llena, ni igualan tantos contentos artificiales á los dolores naturales.

Por cosa tan poca se pierde lo que es tan grande, como lo eterno. Rasgamos la ley de Dios, y somos desagradecidos á nuestro Redentor, el cual nos premiará con grandes favores del cielo el desprecio de estos tan cortos y menguados gustos de la tierra, para que si no los quisiéremos despreciar por lo que son ellos en sí, lo hagamos por lo que él nos da, porque los despreciemos mortificando nuestros sentidos, cuya mortificación nos es tan provechosa, y á Dios tan agradable, como se verá por esta historia que refiere Glicas (1). Había gastado en el yermo un anacoreta espacio de cuarenta años, vacando solo á si y á la salvacion de su alma, con gran observancia de su profesion. Vinole deseo de saber quién tendria en la tierra igual grado de merecimientos, y así pidió á Dios se lo manifestase. Hizolo así el Señor, y fuele respondido del cielo que el emperador Teodosio, aunque estaba en la mayor grandeza del mundo; porque con toda su majestad no le era inferior ni en el humillarse ni en el vencerse á si mismo. Con esta respuesta, movido de Dios, se fué luego á hablar al Emperador; y como el ermitaño tenia fama de santidad, y el religioso Emperador era tan humano y amigo de los siervos de Dios y monjes, halló modo con que hablarle y saber de él sus santos ejercicios. Al principio no le declaró el Emperador mas que virtudes comunes, que daba grandes limosnas, que traía cilicio, que ayunaba á menudo, que guardaba continencia con su mujer, y procuraba hacer justicia. Parecióronle bien al ermitaño estas virtudes, y mas en una persona real; mas juzgó que todo esto había él hecho con mayor perfeccion, porque lo había renunciado todo por Cristo, y dejado toda cuanta hacienda poseía, lo cual es mas que dar limosna: á mujer no había conocido en su vida, lo cual es mas que haber guardado por tiempo castidad: á ninguno había hecho injuria ni injusticia, lo cual juzgaba por mejor que hacer guardarla: sus cilicios y ayunos habían sido continuos y sin regalo alguno, lo cual era mas que abstenerse algunos dias de carne. Con esto instó mas al Emperador, suplicándole no le encubriese nada; porque la voluntad divina había sido que supiese de él lo que hacía, y que para eso le había enviado á él Nuestro Señor. Dijole entonces el Emperador: Sábete que cuando hay juegos de caballería y espectáculos del circo, aunque yo asisto á ellos, estoy tan ausente de allí, que no los quiero mirar ni gozar del gusto de aquella vista, sino que al mejor tiempo divierto mis ojos, y no quiero ver cuando se va á hacer la suerte; de modo que estoy como ciego, aunque tengo los ojos abiertos. Quedó espantado el ermitaño de tan particular mortificación de aquel gran Monarca, y echó de ver como no estorban los cetros y las púrpuras para merecer mucho con Dios, si se privasen de gustos. Año-

(1) Glicas, et ex eo Rad. in aula sancta, cap. 13.

dió mas Teodosio : Sabe tambien que mi sustento es de lo que gano con mis manos ; porque traslado algunos cartapacios de buena letra, y mi comida es de mi trabajo, del precio que de ellos se saca. Con este ejemplo de pobreza entre tanta riqueza, y de templanza entre tantos regalos, quedó atónito el anacoreta, y conoció que el privarse de descanso y de gustos de la bebida y comida era lo que daba tan grandes merecimientos á aquel Príncipe. Tan perversos son los gustos de la tierra despues de ser tan cortos, que aun los que son lícitos impiden grandes provechos, y los ilícitos causan grandes daños.

§ IV.

Pues ¿qué diré de los imperios y de la dignidad real que abraza (al parecer humano) todos los bienes del mundo, honras, riquezas y gustos? ¿Cuán pequeño es un reino de la tierra, pues toda la tierra es un punto respecto de los cielos, y todo lo que puede gozar un rey de la tierra no son mayores honras, ni mas seguras riquezas, ni mas grandes gustos de los que habemos dicho? Y aun todo esto, aunque corto, no lo goza seguramente : por lo cual dice san Crisóstomo (1) hablando de los emperadores de su tiempo : *No mires á la corona, sino á la tempestad de cuidados que la acompaña : no pongas los ojos en la púrpura, sino en el ánimo del mismo rey, que está mas triste y cárdeno que la misma púrpura : no tanto ciñe la diadema á su cabeza, cuanto la solicitud y sobresalto rodean á su alma. No mires al esuadron de su guarda, cuanto al ejército de molestias que se siguen ; porque no se podrá hallar alguna casa particular tan llena de cuidados quanto lo están los palacios reales. Cada dia esperan, no una muerte, sino muertes ; y no se puede decir cuántas veces de noche se les sobresalta el corazon, y el alma parece que les ha de salir. Esto pasa aun cuando hay paz ; pero si se enciende guerra, ¿qué cosa hay mas miserable que esta vida? ¿Cuántos peligros les acontecen por sus mismos familiares y súbditos? El suelo del palacio real está lleno de sangre de parientes. Si quereis que especifique algunas cosas de las antiguas y modernas, lo conoceréis bien. Aquel, teniendo sospecha de su mujer, la ató desnuda en los montes, entregándola á las fieras, despues de haber sido madre de muchos reyes. ¿Qué vida haria tal hombre, porque no es posible ejecutase tal venganza, si no es porque estuviera consumido su corazon enfermo? Este degolló á su propio hijo : este se quitó la vida á sí mismo preso del tirano. Aquel mató á su sobrino que habia hecho compañero del imperio. Aquel á su hermano. Aquel fue muerto con veneno, y la copa le fue muerte, no bebida, y á su hijo inocente, solamente por lo que podia ser, le acabó la vida. De los príncipes que se siguieron uno fue quemado como miserable con todos sus caballos y carrozas ; y no es posible expliquen las palabras las calami-*

(1) Homil. 66 ad popul.

*dades que fue forzoso padecer. Y el que ahora reina, ¿por ventura despues que fue coronado no ha padecido muchos trabajos, peligros, tristezas y asechanzas? Pero no es así el palacio del cielo. De esta manera pinta san Juan Crisóstomo á la mayor fortuna del mundo, que es la majestad imperial, la cual no puede dejar de ser pequeña ; pues es tan desdichada, que aun de los bienes perecederos de la tierra no les deja gozar seguramente, pereciendo sus poseedores antes que ellos perezcan. Pero será esto muy de diversa manera en el reino de los cielos, y palacio y casa de Dios, donde los justos han de reinar y gozar sin menoscabo ni contrapeso de miserias de los bienes eternos, como en su lugar veremos.*

Últimamente hemos de sacar de lo dicho, no admirar grandezas del mundo ni desear comodidades de la tierra, como enseñó san Espiridion á su discípulo (1), porque viniendo una vez con él á la corte del emperador, se dejaba el discípulo llevar de las cosas que veia ; causábale admiracion, como á mozo de poca experiencia, ver la grandeza de la corte, tanto lustre, tan ricos vestidos, tantas joyas, perlas y piedras preciosas ; mas lo que sobre todo le ponía espanto era ver sentado al emperador en su trono con majestad y grandeza imperial. Traíale todo esto como embelesado. Queriéndole corregir de su yerro san Espiridion, le preguntó un dia disimuladamente cuál de los que allí estaban era el emperador. Que se le mostrase, porque no acababa de conocerle bien. El discípulo no alcanzó el fin de la pregunta ; y así señalando con la mano, dijo sencillamente : Este es. Replicó el Santo : Y ¿qué es lo que este tiene de mas estima que los otros, si no es por ventura que le tengas por de mas virtud? ¿Por qué tiene mas de lustre y ornato exterior? ¿No se ha de morir este como cualquier otro pobrecito desconocido? ¿No le han de enterrar como á él? ¿No ha de comparecer tambien como los demás ante el recto Juez? ¿Por qué haces tanto aprecio de las cosas que pasan, como de las que siempre duran? ¿Cómo te admiras de ver unas cosas que no tienen consistencia, siendo razon que pusieras los ojos y el corazon en las eternas é incorruptibles, y de estas te enamoras, pues no están sujetas ni á mudanzas ni á la muerte?

El mismo discípulo de san Espiridion, siendo ya obispo, caminaba con su maestro, que era arzobispo de Trimitunte ; y como llegasen ambos á un lugar en que habia unos campos muy amenos y fertiles, pagóse mucho el discípulo de esta fertilidad, y comenzó á dar y tomar consigo mismo sobre qué traza podria haber para alcanzar alguna heredad en tan buena tierra para el acrecentamiento de su Iglesia, haciendo mucho caso de esta comodidad. Pero el Santo, que le entendió los pensamientos, dióle una suave y amorosa reprehension. ¿De qué sirve (le dice) hermano carisimo, andar tan de propósito revolviendo en vuestro corazon cosas vanas y de poco tomo? ¿Para qué deseais ahora con tanto

(1) Surius, in vita Spirid.

ahinco tierra que labrar y viñas que cultivar? ¿No echais de ver que son cosas que solamente parecen por lo de fuera, y con su apariencia nos engañan? pero son nada, y no valen nada. Heredad tenemos en el cielo que nadie nos la puede quitar. Allí tenemos casa que no es hecha por manos de hombres. Dad tras estos bienes, comenzad á gozar de ellos aun antes de tiempo con la virtud de la esperanza; porque estos son tales, que si una vez os haceis señor y dueño de tal posesion, os quedaréis eterno heredero, sin que vuestra herencia se traspase á otros jamás. Póngase uno en el punto de la muerte, y mire desde allí la pequeñez de lo temporal que deja y se ha pasado, y de otra parte la grandeza de lo eterno en que entra, y nunca se pasará; y descubrirá como no son dignas de admiracion, sino de risa, todas las grandezas y comodidades de esta vida, por ser tan pequeñas, y por pasarse tan presto.

### CAPÍTULO VII.

*Qué miserable cosa es la vida temporal.*

Veamos tambien en particular qué sustancia y tomo tiene la vida temporal, que es lo que tanto estiman los mortales, y no nos maravillemos poco como en tan breve espacio pueden caber tantas y tan grandes desdichas; por lo cual dijo Falaris Agrigentino que si antes que naciera uno conociera lo que habia de padecer en la vida, no quisiera nacer, ni tomara de balde la vida; porque no es toda ella sino un monton de miserias, una continua tela de peligros. Por esto, arrepentidos de vivir algunos filósofos, llegaron á blasfemar de la naturaleza, diciendo de ella mil quejas é injurias, pues al mejor de los vivientes habia dado tan mala vida; porque no alcanzaron que esto fue efecto y pena de la culpa humana, y no culpa de la naturaleza ó providencia divina. Plinio llegó á decir que no era la naturaleza sino madrastra de los hombres. Y Sileno, preguntado cuál era la mayor dicha del hombre, dijo que el no haber nacido, ó morirse luego. El gran filósofo y emperador Marco Aurelio dijo esta discreta sentencia (1), considerando la miseria humana: *La batalla de este mundo es peligrosa, y su fin y salida tan terrible y espantosa, que estoy cierto que si alguno de los antiguos resucitase, y contase fielmente, é hiciese alarde de la vida pasada, desde que salió del vientre de su madre hasta la postrera boqueada, contando el cuerpo por extenso los dolores que ha sufrido, y el corazon descubriendo las alarmas que le ha dado la fortuna, que todos los humanos se espantarian de cuerpo que tanto ha padecido, y de corazon que tanta batalla ha vencido y disimulado: todo lo cual yo he en mí mismo probado, y confiésolo aquí libremente, aunque sea infamia, por el provecho que puede redundar á los siglos venideros. En cincuen-*

(1) Aurel. Ant. in sua Philosoph.

*ta años que he vivido he querido probar todos los vicios y pecados de esta vida, por ver si la malicia de los hombres tiene algunos límites y términos; y hallo por mi cuenta, despues de bien considerado y contado, que cuanto mas como, mas muero de hambre; cuanto mas bebo, mayor sed tengo; si mucho duermo, mas querria dormir; mientras mas descanso, mas quebrantado me hallo; cuanto mas tengo, mas deseo; y harto de buscar, menos hallo guardado: y finalmente, ninguna cosa alcanzo que no me embarace y harte, y luego no la aborrezca y deseé otra. Todo esto sintieron los filósofos por las miserias de que está llena nuestra vida. Lo cual considerando el Sábio, dice (1): Todos los dias del hombre están llenos de dolores y miserias; ni aun de noche descansa su pensamiento. Con razon dijo Demetrio (2) que era miserabilísima la condicion humana, pues los que buscan algun bien, apenas le encuentran; y los males, no solo buscados, pero sin aguardarlos llegan, y se nos entran por las puertas sin querer: de suerte que siempre está nuestra vida expuesta á innumerables peligros, injurias, daños y enfermedades, las cuales son tantas, segun Plinio y muchos médicos griegos y arabes, que en espacio de algunos años se descubrieron mas de treinta especies de dolencias nuevas, y cada dia se van descubriendo mas, y algunas tan crueles, que no se pueden oír sin horror. No digo las enfermedades solamente, sino sus mismos remedios; porque aun dolencias muy conocidas y comunes se curan con cauterios de fuego, con aserrar miembros, con sacar huesos de la cabeza y aun tripas del vientre, como para hacer inventario ó anatomía de ellas. Otras se curan con tan extraña dieta, por la grande furia del mal, que escribe Cornelio Celso que bebían los enfermos los orines por la mucha sed que padecían, y se comían los emplastos por la grande hambre que les afligia. Á otros para sanarles les hacen comer culebras, sabandijas y otras cosas muy asquerosas. Sobre todo, ¿qué mas cruel género de cura que la que padeció Paleólogo, segundo emperador de Constantinopla, que despues de haber estado doliente un año, no tuvo su enfermedad otro remedio de la medicina que matarle á pesadumbre? Y así la emperatriz su mujer, que era la que mas deseaba su salud y gusto, procuró por la misma salud no darle gusto en nada sino cuantos pesares podia, afectando el serle inobediente. Si los remedios aun son tan grandes males, ¿cuáles serán los males de las mismas enfermedades? En Ángelo Policiano fue tan vehemente su dolencia, que se daba de cabezadas por las paredes. En Mesenas fue tan extraña, que en tres años enteros no durmió ni pegó en todos ellos los ojos. En Antioco fue tan asquerosa, que contaminó su mal olor á todo su ejército, con ser muy grande, el cual no podia sufrir el hedor pestilencial que echaba su rey; gusanos le manaban del cuerpo, y las carnes se consumieron de dolor. De la misma manera Feretrina, reina de los barceos, todas las carnes se le*

(1) Eccles. iii. — (2) Stob. serm. 96.